

ROBERT MATTHEWS

El terrorismo antes y ahora: EEUU, Cuba y el caso Posada Carriles

Una reflexión sobre la diferente reacción de EEUU ante dos actos terroristas como los ocurridos en 1976 contra un avión civil cubano y en 2001 contra las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington, constatan las incoherencias de la política estadounidense contra el terrorismo. El país que se presenta como abanderado de la lucha contra el terrorismo pierde su legitimidad en las páginas de la historia.

El 6 de octubre de 1976, el vuelo 455 de Cubana de Aviación despegó de Barbados y poco después estalló y se hundió en el mar Caribe. Dos bombas colocadas a bordo mataron a las 73 personas que viajaban en el avión civil, entre las que estaba todo el equipo olímpico cubano de esgrima y once estudiantes guyaneses que se dirigían a una escuela de medicina en Cuba. La mayoría de los pasajeros eran atletas jóvenes de Cuba, Corea del Norte y el Bloque del Este que iban a Cuba tras participar en los Juegos Panamericanos. Sus cuerpos, que no pudieron recuperarse, siguen sepultados en el agua, trágico testimonio del peor atentado terrorista cometido en el hemisferio occidental hasta entonces. No hay constancia de que en aquel entonces la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Pentágono o la CIA (dirigida por George Herbert Walker Bush, padre del actual presidente) hicieran ninguna declaración pública sobre un desafío terrorista en el hemisferio. Un cuarto de siglo después, el 11 de septiembre del 2001, tres aviones, secuestrados por terroristas de Oriente Medio, se estrellaron en el Pentágono, en Washington, y en los dos edificios de oficinas más altos del hemisferio, en el World Trade Center de la ciudad de Nueva York. En esta ocasión murieron tres mil

Robert Matthews
es analista del
Centro de
Investigación para
la Paz (CIP-
FUHEM)

personas en lo que ahora era el peor ataque directo en suelo estadounidense desde que la fuerza aérea japonesa bombardeó Pearl Harbor en 1941. Fidel Castro envió sus condolencias al pueblo estadounidense y tanto él como el resto del mundo esperaron la respuesta de George Bush.

Ésta no tardó en llegar. El presidente declaró nueve días después, ante un Congreso conmocionado, que EEUU contraatacaría con “[...] todas las armas de guerra necesarias” para alcanzar lo que denominó “justicia infinita” en una guerra que sería también infinita. En términos casi apocalípticos, advirtió de que éste era un “combate de la civilización”. El pueblo de EEUU “no deber esperar una batalla, sino una larga campaña, diferente de todas las que hemos visto hasta ahora [...] Cada nación, cada región, tiene ahora que tomar una decisión. O están con nosotros, o están con los terroristas.” Dos días después, el 22 de septiembre, Cuba denunció este discurso como el proyecto para la idea de una dictadura militar mundial impuesta mediante la fuerza bruta, sin leyes ni instituciones internacionales de ningún tipo.¹ Quizá los cubanos reflexionaron sobre la disparidad de las respuestas de EEUU a los dos ataques, pero puede que también hayan pensado que en este nuevo mundo posterior al 11-S, quizá sea posible por fin capturar y llevar ante la justicia a los autores del salvaje acto de terrorismo cometido hace veinticinco años. Si fue así, los acontecimientos de 2005 demostraron que, respecto de la actitud de Washington hacia Cuba, *plus ça change, plus c’est la même chose*.

En cuestión de días después del atentado de octubre de 1976, se reveló que estaban implicados agentes anticastristas, dos cubanos residentes en Venezuela y dos venezolanos. Más aún, los cubanos tenían lazos con la inteligencia venezolana y con su policía de seguridad, la DISIP, así como con la CIA. Uno de los cubanos era Orlando Bosch, pediatra, cuyo trabajo, en realidad, era ser líder de la oposición violenta cubana a Fidel Castro en el exilio. Actualmente jefe de la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU) —un grupo terrorista—, se le buscaba para ser interrogado en EEUU en relación con el asesinato en Washington, un mes antes, de Orlando Letelier, ex ministro de Relaciones Exteriores de Chile durante el gobierno socialista de Salvador Allende. El otro cubano era Luis Posada Carriles, ex agente de seguridad durante la dictadura de Fulgencio Batista. Ambos habían sido entrenados por la CIA y Posada se había preparado para la invasión de la Bahía de Cochinos de 1961, aunque no participó en ella. También había sido nombrado por el presidente Kennedy subteniente del Ejército de EEUU. Posada ahora dirigía formalmente una agencia de detectives privados en Caracas, pero era bien sabido que nunca se había alejado de sus contactos en la DISIP ni de su función de jefe de operaciones de inteligencia.² De hecho, Posada llevaba en contacto

¹ Discurso de George Bush ante el Congreso, 20 de septiembre del 2001. Ver *The New York Times*, 21 de septiembre del 2001.

² La comunidad cubana exiliada en Caracas contaba con 50.000 miembros en aquella época, y la policía de seguridad de Venezuela contrató a numerosos exiliados cubanos durante el periodo de la rebelión de la guerrilla izquierdista de Venezuela, en los años sesenta. Hoy olvidado, la primera amenaza armada a largo plazo sería para un gobierno latinoamericano. Entre 1960 y 1969, cuando se promulgó una amnistía, murieron seis mil personas. El subdirector de la DISIP era un exiliado cubano, Orland

con la CIA más de una década antes del atentado contra el avión en 1976 y había estado más de cinco años al servicio del FBI y de la CIA. Posada también participó en la reunión de la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU) celebrada en Bonaire, República Dominicana, en julio, cuando se tomó la decisión de coordinar atentados terroristas entre diversos grupos cubanos. En representación de la DISIP, volvió a Caracas con un plan completo para los futuros atentados de la CORU, incluido el derribo del reactor de Cubana.³

Los cuatro implicados en el atentado de 1976 fueron detenidos, pero los cubanos plantearon un dilema al presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez. La atrocidad había metido un palo en la rueda de la diplomacia cubana de Pérez, basado en un *quid pro quo* por el que Caracas no permitiría que se utilizara su territorio como trampolín para actividades anticastristas. A cambio, La Habana se comprometía a no apoyar a la izquierda venezolana, con antecedentes en los movimientos guerrilleros procubanos de los años sesenta, y cuyo némesis era Pérez, entonces ministro del Interior durante los gobiernos de Acción Democrática. Esto significaba que, pese al importante apoyo de la policía de seguridad y algunos sectores del ejército, Posada y sus seguidores serían encarcelados, pero nunca serían juzgados. El caso fue trasladado a un tribunal militar, cuyas actuaciones podían desarrollarse en secreto.⁴ Según Bosch, en una entrevista realizada en los años ochenta, la conexión Posada-DISIP continuó mientras estaba en la cárcel. Posada y Bosch estuvieron cuatro años en prisión sin juicio hasta que el Consejo de Guerra de las Fuerzas Armadas Venezolanas declaró que no había pruebas suficientes para iniciar un juicio y ordenó su libertad (junto con la de los dos autores materiales del atentado, que habían confesado haber puesto la bomba e implicado a Posada). Cuba protestó retirando a todos sus diplomáticos de Venezuela, lo que hizo que el Alto Mando del ejército venezolano declarase que tendrían que permanecer en prisión mientras se revisaba la decisión del Consejo de Guerra.⁵

A la sombra de Washington

Según documentos que se han dado a conocer recientemente, la CIA tenía información previa consistente, ya en junio de 1976, de que grupos terroristas cubanos en el exilio estaban planeando derribar un avión de Cubana. Una semana antes del atentado, un agente de la CIA informó de que se había oído a Posada Carriles

do García, y llegó a ser asesor de seguridad personal del presidente Carlos Andrés Pérez. Ver Robert Matthews, "Oil on Troubled Waters: Venezuelan Policy in the Caribbean", *NACLA Report on the Americas*, julio-agosto de 1984, p. 29; Taylor Branch y Eugene Propper, *Labyrinth*, Penguin Books, Nueva York, 1982, pp. 99-100.

³ Taylor Branch y Eugene Propper, *ibídem*, pp. 20, 101, 329.

⁴ Robert Matthews, p. 29; Taylor Branch y Eugene Propper, *ibídem*, pp. 99-100.

⁵ Alicia Herrera, *Pusimos la bomba...y que?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, pp. 115-116 y pp. 204-207. Taylor Branch y Eugene Propper, *ibídem*, p. 604; ver también la autobiografía de otro agente de la CIA cubano, Félix Rodríguez, que escribió con John Weisman, *Shadow Warrior*, Simon and Schuster, Nueva York, 1989, pp. 230-241.

*La CIA tenía
información
previa de que
grupos
terroristas
cubanos en el
exilio estaban
planeando
derribar un
avión de
Cubana*

diciendo: “Vamos a darle a un avión cubano”. Aunque el agregado del FBI en Caracas tenía muchos contactos con uno de los venezolanos que pusieron la bomba en el avión, y le había oído sugerir que se cometieran actos terroristas contra la embajada cubana, el agente no intervino su teléfono ni hizo que le investigaran. Cinco días antes del atentado, pese a las sospechas de que el venezolano estaba implicado en actividades terroristas a instancias de Posada, el FBI le proporcionó un visado para entrar en EEUU.⁶ Hay quien sugiere que documentos aún secretos demostrarán que el informador era el propio Posada, que en aquel entonces mantenía contactos periódicos tanto con agentes de la CIA como del FBI en Venezuela, y era considerado, en general, el hombre de la CIA en Caracas. Por último, no hay pruebas de que la CIA transmitiera a las autoridades de La Habana su información sobre la amenaza terrorista contra el avión civil cubano. Basándose en la conexión CORU-CIA y la aparición del nombre y el número de teléfono del agregado jurídico del FBI en Caracas, Joseph Leo, en los documentos hallados en posesión de uno de los perpetradores, La Habana acusó a la CIA de participar “directamente” en el asesinato masivo.⁷

Incluso un examen somero de los archivos históricos lleva a la ineludible conclusión de que, durante la Guerra Fría, EEUU aceptó y toleró, como mínimo, la práctica del terrorismo por aquellos a quienes consideraba sus aliados. Y en múltiples ocasiones, sobre todo a principios de los años sesenta y de nuevo en los años ochenta, en Centroamérica, lo fomentó y lo patrocinó. En realidad, EEUU tiene una larga y oscura historia de instigación de actos violentos y operaciones terroristas contra sus enemigos en el mundo en desarrollo, sobre todo en América Latina. Nicaragua fue un ejemplo especialmente atroz de esta actitud en los años ochenta, cuando las fuerzas de la Contra, patrocinadas por EEUU, que combatían al Gobierno sandinista, aterrorizaban periódicamente a la población civil. En 1985 se reveló que la CIA incluso había redactado un manual para cometer actos terroristas contra objetivos enemigos dentro de Nicaragua. Esto incluía –por emplear la expresión creada durante la guerra de Vietnam para matar a los jefes de aldea presuntos colaboradores del Vietcong– “poner término con perjuicio extremo” a los líderes nicaragüenses locales aliados a los sandinistas.⁸ EEUU es el único país del mundo que ha sido condenado por terrorismo internacional por el Tribunal Internacional de Justicia, que calificó las acciones estadounidenses en Nicaragua y su esfuerzo para minar los puertos nicaragüenses de “uso ilegítimo de la fuerza”. Dos resoluciones del Consejo de Seguridad, vetadas por EEUU, respaldaron la sentencia del Tribunal.⁹ Su historial incluye ignorar el terror y la tortura de civiles

⁶ Peter Kornbluh, “The Posada File”, *The Nation*, 6 de junio de 2005.

⁷ Peter Kornbluh, “The Posada File” y “CIA and FBI Documents Detail Career in International Terrorism; Connection to U.S.” en *Luis Posada Carriles: The Declassified Record*, The National Security Archive, NSA Electronic Briefing Book, Washington, D.C., Nº 153; ver también el programa ABC Nightline sobre Luis Posada Carriles, 17 de mayo de 2005.

⁸ Para una reproducción del Manual de la CIA, ver Reed Brody, *Contra Terror In Nicaragua*, South ENd Press, Cambridge, 1985.

⁹ Entrevista con Noam Chomsky, Bernie Dwyer, *Radio Havana*, 28 de agosto de 2003.

durante el régimen de Pinochet. Recientemente, EEUU ha puesto muy poco de su parte cuando se trata de presuntos asesinos terroristas de Venezuela, como pone de manifiesto el caso del fiscal asesinado Danilo Anderson. En agosto de este año, el telepredicador y ex candidato para la nominación presidencial republicana Pat Robertson pareció hacerse eco de este pasado en su programa de televisión nacional, cuando pidió el asesinato del presidente venezolano, Hugo Chávez: “Tenemos la capacidad para eliminarle [a Chávez] y ya es hora de que hagamos uso de esa capacidad.”¹⁰

Cuba es la víctima más destacada del terrorismo vinculado a EEUU. El Comité de la Iglesia del Senado estadounidense celebró en 1976 una serie de vistas que sacaron a la luz un esfuerzo, iniciado en 1959 y que se intensificó durante varios años a principios de los sesenta, encaminado a poner fin al régimen de Castro por medio de una guerra sucia. Esto incluía ataques terroristas casi diarios en barcos de alta velocidad que salían de territorio estadounidense, y cientos de actos de sabotaje y de conspiraciones para matar a líderes cubanos. Los más famosos fueron los más de una docena de intentos de la CIA de asesinar a Castro dentro de un programa de desestabilización terrorista apodado “Operación Mangosta” y dirigido por Bobby Kennedy tras el fracaso de la Bahía de Cochinos. El programa finalizó a mediados de los sesenta, pero Washington lleva años haciendo la vista gorda ante las acciones de los exiliados cubanos extremistas en EEUU que han causado la muerte de decenas de funcionarios cubanos y de civiles inocentes. Los puertos, buques mercantes y barcos pesqueros cubanos fueron sometidos a constantes ataques y el personal diplomático cubano en el extranjero se convirtió en blanco de atentados con explosivos y armas de fuego. Posada Carriles era uno más de toda una serie de anticastristas de la línea dura que trabajaban para la CIA, o a quienes se les dejaba en paz, con demasiada frecuencia, para que llevaran a cabo sus obsesivos planes para derrocar violentamente el régimen cubano.

La violencia anticastrista alcanzó su apogeo en los años setenta, y Washington renunció a ella, al menos oficialmente, durante la Administración Carter. La directiva presidencial NSC-6, de 15 de marzo de 1977, reconocía la anterior implicación estadounidense y declaraba: “El fiscal general debe adoptar todas las medidas necesarias que permita la ley para prevenir el terrorismo y cualquier acción ilegal que se lance desde el interior de EEUU contra Cuba y contra ciudadanos estadounidenses y para apresar y enjuiciar a los autores de tales acciones.” El terrorismo cometido desde territorio estadounidense contra Cuba reapareció a finales de los años noventa con los atentados contra hoteles de turistas, en los que el papel de Posada fue reconocido por el propio terrorista cubano. Aunque EEUU ha acusado periódicamente al Gobierno cubano de estar implicado con el terrorismo —y más recientemente, con el terrorismo biológico; acusación que ha resultado tener la misma validez que la famosa compra por Saddam de concentrado de uranio en Níger—, EEUU ha aplicado también un destacado doble rasero al secuestro de aviones cubanos y su desvío a EEUU. Violando sus propias directivas sobre terro-

¹⁰ Laurie Goodstein, “Robertson Suggests U.S. Kill Venezuela’s Leader”, *The New York Times*, 24 de agosto de 2005; Yolanda Monge, “‘Diplomacia’ de Predicador,” *El País*, 25 de agosto de 2005.

Tener calles que llevan el nombre de terroristas reconocidos es otra de las exquisitas ironías del país que encabeza la guerra global contra el terrorismo

risimo, ha complicado y ha dado evasivas a la devolución a Cuba tanto de aviones como de personas.

Posada 1985-2005

En agosto de 1985, en plena guerra de Ronald Reagan contra el Gobierno sandinista de Nicaragua, Posada salió por la puerta principal de San Juan de los Morros disfrazado de guardia, tras sobornar a un funcionario de la prisión, muy posiblemente con dinero enviado por cubanos derechistas de Miami, y probablemente con la aquiescencia de los Gobiernos estadounidense y venezolano. Pasó por las Antillas Holandesas antes de aterrizar en El Salvador. Como era de esperar, pronto apareció trabajando para Oliver North en su operación secreta para financiar a la Contra en contra de los deseos del Congreso. Habría que ser especialmente crédulo para creer que no hubo ninguna relación entre su "huida" de Venezuela y su primer trabajo en Centroamérica. En esa ocasión, su socio fue Félix Rodríguez, otro veterano cubano de la CIA (cuyo pasado incluía la implicación con la CIA en la captura y ejecución del Che Guevara en Bolivia en 1967) y su tarea: gestionar el reabastecimiento de la Contra desde un piso franco en El Salvador. Cuando los sandinistas abatieron un avión de suministros C-123 el 5 de octubre, casi nueve años después del atentado contra Cubana, salieron a la luz los nombres de dos estadounidenses de origen cubano: Max Gómez y Ramón Medina. En cuestión de semanas se supo con certeza que eran los alias de Félix Rodríguez y Luis Posada Carriles. El incidente puso al descubierto la operación ilegal y se convirtió en el primer acto del escándalo Irán-Contra. Preguntaron por Posada al vicepresidente George H.W. Bush, director del Grupo Especial de Terrorismo y Narcotráfico de la Casa Blanca. El que fuera director de la CIA en 1976 negó saber nada sobre él.¹¹

Mientras tanto, Orlando Bosch permaneció en la cárcel hasta 1987. Joe D. Whitley, entonces adjunto al fiscal general de EEUU en el Departamento de Justicia, dijo de Bosch que era "un terrorista, que actúa sin las restricciones que imponen las leyes de la dignidad humana, y que amenaza e inflige violencia con independencia de la identidad de sus víctimas".¹² A pesar de haberse declarado que no tenía derecho a entrar en EEUU tras haber sido acusado formalmente por el papel que había desempeñado en el atentado contra un carguero polaco en Miami, Bosch regresó en 1988. Decretada su expulsión, George H.W. Bush, ahora presidente, anuló la decisión del Departamento de Justicia e indultó a Bosch en julio de 1990. Bosch reside actualmente en Miami, honrado con un bulevar que lleva su nombre en la Pequeña Habana. Tener calles que llevan el nombre de terroristas reconocidos es otra de las exquisitas ironías del país que encabeza la guerra global contra el terrorismo.

¹¹ Curiosamente, durante octubre y noviembre de 1986, el autor consultó todos los días los principales diarios de Caracas, *El Nacional*, *El Universal* y *El Diario de Caracas*, pero no dijeron una sola palabra sobre Posada Carriles.

¹² Tim Weiner, "Case of Cuban Exile Could Test the U.S. Definition of Terrorist", *The New York Times*, 9 de mayo de 2005, p. A-1.

Posada logró desaparecer de la vista pública después de ser descubierto en El Salvador, aunque se le vio a menudo en el sur de Florida. Después, a finales de los años noventa, hubo un aluvión de atentados con explosivos en La Habana y otros lugares de Cuba, cuya autoría reivindicó públicamente Posada. En 1998 apareció en un canal de televisión de habla hispana, *CBS Telenoticias*, y reiteró que estaba detrás de los atentados. Cuando le preguntaron directamente si había tenido algo que ver con los atentados de La Habana, respondió: "Soy totalmente responsable de todos esos actos y de otros que vendrán." La CIA, prosiguió, "nos lo ha enseñado todo. Todo. Nos ha enseñado a matar, a poner bombas, nos ha entrenado en actos de sabotaje [...] nos llamaban patriotas." La CIA los llamaba "actos de sabotaje [...] Ahora lo llama terrorismo." Posada sostiene que las autoridades policiales estadounidenses mostraron sistemáticamente una actitud de "descuido benigno" hacia él durante su trayectoria. Posada respaldó estos francos reconocimientos de terrorismo, incluida su financiación por la Fundación Nacional Cubano Americana (CANF), furibundamente anticastrista y políticamente influyente, en su autobiografía autoeditada en 1994, *Roads of the Warrior*.¹³ La CANF sigue siendo una fuerza política poderosa para los republicanos, sobre todo en el sur de Florida, donde la comunidad de origen cubano apoyó a Bush en las reñidas elecciones de 2000. Pero también los demócratas han tratado de ganarse a la Fundación, incluido Clinton, en las elecciones de 1992 y 1996.

Una vez más, Posada desapareció para reaparecer en Panamá en 2000. En noviembre de aquel año, cuando Fidel Castro asistía a una Cumbre Latinoamericana, Posada y varios seguidores más fueron detenidos por su implicación en un atentado frustrado contra la vida del líder cubano. Posada fue declarado culpable de entrar ilegalmente en Panamá y de introducir armas y explosivos, incluido plástico C4, y condenado a ocho años de prisión. De pronto, en agosto de 2004, la presidenta panameña Mireya Moscoso indultó a los conspiradores encarcelados. No hay que ser un experto en relaciones internacionales para saber que un satélite estadounidense como Panamá nunca se habría atrevido a hacer esto sin la aprobación de Washington. De hecho, hay pruebas de que Colin Powell, en su visita a Panamá, había pedido a la presidenta de ese país que pusiera en libertad a los reclusos.¹⁴

Posada volvió a entrar en EEUU a principios de 2005. El 12 de abril pidió asilo político. Se movió libremente por el país e incluso dio una rueda de prensa en Miami. La historia de la relación de Washington con los cubanos anticastristas desde 1959 ayuda a explicar el hecho, en apariencia sorprendente, de que un terrorista reconocido y fugitivo de la justicia internacional anuncie abiertamente su entrada en un país que había declarado la guerra contra el terrorismo y cuyo presidente

¹³ Entrevista con Ricardo Alarcón, presidente de la Asamblea Nacional Cubana, por Amy Goodman, "Top Cuban Official Ricardo Alarcon Demands U.S. Hand Over Terrorist Posada," Democracy Now program, *Pacífica Radio*, 9 de mayo de 2005. Ann Louise Bardach y Larry Rohter, "Life in the Shadows, Trying to Bring Down Castro", *The New York Times*, 13 de julio de 1998. Esta cita ha sido traducida del inglés aunque el original fue en español.

¹⁴ Alberto Salazar, "Cuba repudia indulto a terroristas presos en Panamá", *Prensa Latina*, 24 de agosto de 2004 .

había manifestado que “quienes dan refugio a un terrorista son tan culpables como el propio terrorista.” Lejos de preocuparse por las consecuencias, parece sentirse más seguro aquí que en ninguna otra parte.

Dado que las autoridades estadounidenses nunca habían interrogado a Posada, ni siquiera cuando estuvo encarcelado en Panamá, éste tenía todos los motivos para creer que la Administración Bush no le iba a tratar ahora diferente. De hecho, varias semanas después de que anunciase su llegada a EEUU, el Departamento de Estado afirmó que no tenía conocimiento de que Posada estuviera en el país. Al igual que ocurrió con Orlando Bosch, que tampoco ha ocultado nunca su implicación con el terrorismo anticastrista —de hecho, lo considera un honor—, el FBI y la CIA, con su detallado conocimiento de su pasado terrorista, no hicieron absolutamente nada hasta que fue detenido el 17 de mayo en Miami por el Departamento para la Seguridad de la Patria. Entonces, el país que ha suspendido regularmente los derechos de ciudadanos y combatientes por igual, y que ha defendido el uso de la tortura contra los sospechosos —en nombre de la guerra contra el terror— no consideró adecuado esposar al terrorista número uno del hemisferio cuando lo detuvo para ser acusado formalmente de violar las leyes de inmigración de EEUU.¹⁵

El caso actual

En la actualidad, Posada sigue encarcelado en El Paso, Texas, acusado de entrar ilegalmente en EEUU. Venezuela presentó una solicitud de extradición el 27 de mayo en relación con el atentado de 1976, pero el 26 de septiembre, el juez de inmigración William L. Abbott aceptó la alegación de los abogados de Posada de que éste podría ser torturado en Venezuela, de donde es ciudadano naturalizado. Abbott declaró que esta posibilidad era contraria a lo previsto en la Convención contra la Tortura y descartó efectivamente la posibilidad de que fuera devuelto a Venezuela o a Cuba. Pero Abbott no descartó su expulsión a un tercer país. El juez declaró que: “el peor terrorista o asesino de masas puede tener derecho a un aplazamiento de la extradición si puede establecer la probabilidad de ser torturado en el futuro.” Hay que señalar que, al mismo tiempo que el gobierno de EEUU titubea cuando se trata de un terrorista declarado, ha encarcelado a cinco cubanos por espiar en EEUU. Su delito: infiltración en grupos terroristas anticastristas ilegales de la comunidad cubana derechista del sur de Florida para intentar prevenir futuros actos terroristas. Y esto era necesario precisamente porque Washington se ha negado a compartir información con La Habana. En cuanto a enjuiciar a Posada Carriles, la preocupación primordial es que, si se comparte información, se implicaría y se dejaría al descubierto a grupos con vínculos que llevan hasta la Casa Blanca.

¹⁵ Ann Louise Bardach y Larry Rohter, “Key Cuban Foe Claims Exiles’ Backing”, *The New York Times*, 12 de julio de 1998; Saul Landau, “Posada Arrest Points to Bush’s Anti-terror Hoax”, *Progreso Weekly*, 9 de junio de 2005.

Merece detenerse ante la clamorosa ironía de que el país que ha tratado de legitimar la tortura y que se dedica a hacer “entregas extraordinarias” —la práctica de enviar a sospechosos en la guerra contra el terror a países donde podrían ser torturados más fácilmente para obtener información— de pronto siente escrúpulos por el bienestar físico de un terrorista reconocido. Más aún cuando el embajador venezolano, Bernardo Álvarez, ha respondido que “no hay ni una sola prueba” de que Posada vaya a ser maltratado en Venezuela. El propio informe sobre derechos humanos del Departamento de Estado dice que en los últimos años nadie ha sido torturado en Venezuela.¹⁶

Estos argumentos, transparentemente políticos y destinados a guardar las apariencias, no convencen a la mayor parte del mundo exterior. En la XV Cumbre Iberoamericana celebrada en octubre, los ministros de Exteriores de España y Latinoamérica pidieron la extradición de Posada Carriles a Cuba o a Venezuela, para que fuera juzgado por terrorismo. Los líderes, sin embargo, añadieron una frase que implicaba que Posada podía comparecer ante la justicia en EEUU.¹⁷ Para ser justos, muchos funcionarios estadounidenses, incluidos algunos del Departamento de Estado, estaban horrorizados por la hipocresía de proteger a un terrorista que está entre nosotros al mismo tiempo que vamos por el mundo encabezando una guerra global contra el terror. Wayne Smith, diplomático, académico y ex jefe de la Sección de Intereses estadounidense (que sustituye a la embajada) en La Habana, lo resumió así: “Esto es una farsa total.”¹⁸

La problemática

Como un fantasma procedente del pasado de la Guerra Fría, Luis Posada Carriles ha vuelto para rondar la guerra global de Washington contra el terrorismo. La Administración Bush tiene ahora cuatro opciones: darle asilo, encarcelarle por entrar ilegalmente en el país, conceder a Venezuela la solicitud de extradición o expulsarle a un país que no sea Venezuela ni Cuba. Dar asilo a Posada asestaría un duro golpe a la credibilidad estadounidense, que ya se resiente por la forma en que se está manejando el caso, en la guerra contra el terror. Encarcelar a un conocido terrorista por la infracción menor de vulnerar las leyes de inmigración estadounidenses sin duda pondría en peligro la declaración de la Administración Bush

¹⁶ “Venezuela está dispuesta a ofrecerle una casa de oro y a darle de comer caviar todos los días si es extraditado para ser juzgado,” dijo el embajador Álvarez en unas declaraciones, en las que llamó a Posada “el Osama bin Laden de Latinoamérica.” El vicepresidente venezolano, José Vicente Rangel, dijo que pensaba que “cuando [los estadounidenses] se refieren a la existencia de torturas en Cuba deben referirse a su base en Guantánamo.” Bill Weinberg, *World War 4 Report. Deconstructing War on Terrorism*, 13 de octubre de 2005, <http://www.ww4report.com/node/1171> y *Associated Press*, 28 de septiembre; *South Florida Sun-Sentinel*, 28 de septiembre; *Venanalysis.com*, 28 de septiembre; *The Chicago Tribune*, 29 de septiembre; Jim Lobe, “Posada Carriles aniquila credibilidad de EEUU,” *Interpres Service News Agency*, 29 de septiembre de 2005.

¹⁷ A EEUU no le gustó la resolución. “Iberoamérica condena el bloqueo de Cuba pese a EEUU”, *El País*, 16 de octubre de 2005. p. 1.

¹⁸ Jim Lobe, “Posada Carriles aniquila...”, *op. cit.*

de que una nación que da refugio a terroristas es también culpable de terrorismo, y no sería mejor para la imagen de EEUU en el exterior. Cualquiera de estas alternativas sería una mina de oro para Fidel Castro, que ha clamado contra Posada en discursos recientes, llamándole el peor terrorista del hemisferio occidental.

Por otra parte, si lo extradita a Venezuela, la Administración Bush se enfrenta a dos serias consecuencias negativas. En primer lugar, la iniciativa provocaría las iras de la Fundación Nacional Cubano Americana (CANF, por sus siglas en inglés) y de la conservadora comunidad de origen cubano del sur de Florida, fuentes profundas de apoyo político y de dinero para las campañas del presidente, el Partido Republicano –especialmente en Florida, un estado electoral importante– y Jeb Bush, el gobernador del estado. En segundo lugar, un juicio por terrorismo, se celebre aquí o en el extranjero, haría pública sin duda la lastimosa historia de la implicación de EEUU con el terrorismo hemisférico. Los daños para la credibilidad de EEUU afectarían a su autoproclamado liderazgo en la guerra contra el terror, pero sobre todo a su énfasis en la democratización para combatir el terrorismo. Las democracias lideran mejor, y tienen más éxito en animar a otros a seguir su ejemplo. Su dilema cubano debilita uno de los supuestos de la política exterior de principios de Washington, a saber, que la democracia es una característica atemporal y fácil de exportar de la sociedad estadounidense, y que la proyección del modelo estadounidense es esencial en su esfuerzo democratizador para reducir la atracción del terrorismo en el mundo islámico.

Además, la Administración ve la extradición de Posada como la entrega de una victoria inaceptable al presidente Hugo Chávez de Venezuela, el aliado más cercano de Fidel Castro en Latinoamérica. El resultado más deseable, desde el punto de vista de EEUU, sería la expulsión a un tercer país, pero hasta ahora, los tanteos que ha hecho la Administración entre otros gobiernos no han dado fruto. Como reconoció Marcelino Miyares, veterano de la invasión de Bahía de Cochinos de 1961 y presidente del Partido Demócrata de Cuba en Miami, “es una situación sin salida para el gobierno de EEUU.”¹⁹

El caso Posada pone de relieve algunas de las palmarias contradicciones y dobles raseros que rodean la guerra contra el terrorismo de la Administración Bush. En primer lugar, los Gobiernos de George Bush y Tony Blair tienden a desacreditar cualquier interpretación del terrorismo islámico que tiene en cuenta la motivación política, incluso aplicando una interpretación amplia de “política”. En consecuencia, oímos que los terroristas están inspirados únicamente por un odio irracional y una ideología primitiva de venganza. El terrorismo es una patología, y buscar causas más profundas sólo lo legitimaría. Aún oímos la breve afirmación de que no son más que “mala gente”. Tras los terribles atentados de Londres, Tony Blair descartó cualquier motivación seria, declarando que los responsables eran sencillamente “personas con el mal en el corazón.”²⁰ En julio de 2005, la

¹⁹ Tim Weiner, “Case of Cuban Exile...”, *op. cit.*

²⁰ Alan Cowell, “Blair Says ‘Evil Ideology’ Must Be Faced Directly”, *The New York Times*, 17 de julio de 2005, p. A8. Robert Fisk, “Sometimes I Wonder If There Will Be A Moment When Reality And Myth, Truth And Lies, Will Collide”, *The Independent*, 20 de agosto de 2005.

Secretaria de Estado estadounidense Condoleezza Rice aún se hacía eco del lenguaje adoptado por la Administración en septiembre de 2001. Hablando de los terroristas musulmanes en Europa, la antigua experta en Relaciones Internacionales declaró que “esto no tiene que ver con agravios sino con un esfuerzo por destruir; quieren crear el caos y minar nuestra forma de vida [...] no son más que personas malvadas que quieren matar.”²¹ Hablar como han hecho Blair y Rice es sugerir que la violencia terrorista es un fin pervertido en sí mismo.

Así, la postura de Washington-Londres sobre el terrorismo, que se aleja del punto de vista que se suele expresar con más frecuencia en Europa, rechaza cualquier responsabilidad de comprender la sensación de asedio y frustración que sienten los musulmanes debido a las políticas exteriores occidentales, la guerra en Irak, la cuestión Israel-Palestina, la alienación social dentro de las comunidades de inmigrantes europeas, y la sensación general de que el islam sufre el asedio de Occidente. Pese a los datos que indican que la política estadounidense –y en concreto su política exterior– desempeña un papel crucial al motivar este terrorismo, Washington relega tenazmente cualquier llamamiento a comprender la motivación política (o socioeconómica o religiosa, en realidad) de los terroristas “malos” a un limbo retórico, calificando este tipo de análisis de nada más que una deleznable forma de mimar a unos criminales, cuando no de una retórica casi traidora.

Pero no se podría entender a Posada Carriles sin un análisis político de sus motivos o de los de EEUU. Posada es una contundente negación de la definición de terrorismo de Rice-Blair y de la idea, tan oída, de que hay que considerar a los terroristas unos delincuentes comunes. Eliminar la motivación política de Posada o los contextos políticos y geopolíticos del papel de EEUU en la Guerra Fría es reducir el caso al de un mero psicópata que merece ser recluido en un hospital psiquiátrico penitenciario. Por el contrario, el episodio revela la labor de un terrorista político implacable que cometió actos brutales para promover un programa respaldado por EEUU y que debe comparecer ante la justicia. Las políticas de Washington permitieron que EEUU justificara el terrorismo en el siglo XX, y crease de hecho una categoría de terroristas “buenos”. Y ahora, en el siglo XXI, cuando los juicios políticos enmarcan la respuesta de la Administración Bush al tropezarse con un terrorista entre nosotros, parece una displicencia poco honrada rechazar las motivaciones políticas que subyacen en el terrorismo islámico.

En segundo lugar, esta historia violenta gira en torno a un supuesto estadounidense que tiene medio siglo de antigüedad: que lo que hoy se llama terrorismo estaba justificado en el caso de Cuba porque la meta era el cambio de régimen. Pero en realidad, el cambio de régimen es exactamente el argumento que esgrime Al Qaeda para explicar su sanguinaria estrategia. Osama Bin Laden y sus seguidores tienen como objetivo sustituir lo que consideran regímenes corruptos y apóstatas en Oriente Medio por sociedades gobernadas por su versión de fundamentalismo islámico radical. Un objetivo secundario importante es desacreditar a sus aliados, como EEUU y algunos países de Europa Occidental, y debilitar su credibilidad demostrando su constante vulnerabilidad a los ataques terroristas.

*No se podría
entender a
Posada
Carriles sin
un análisis
político de
sus motivos o
de los de
EEUU*

²¹ *The Jim Lehrer Newshour*, Public Broadcasting System, 28 de julio de 2005.

Esto es así incluso cuando se oculta con llamamientos apocalípticos a una *yihad* defensiva para vengar un islam sitiado y humillado.²²

En tercer lugar, la Administración Bush tiende a argumentar que todos los terrorismos son básicamente idénticos, junto con los sanguinarios métodos que eligen, y que deben ser combatidos globalmente. Sirve al programa hegemónico de EEUU promover la idea de que el terrorismo es un fenómeno mundial que exige una respuesta proporcional internacional dirigida por el ejército estadounidense. La lista terrorista de EEUU está integrada por más de cincuenta grupos terroristas, entre los que están las FARC de Colombia, ETA en España y el IRA, junto con Al Qaeda. Pero el caso Posada ilustra que EEUU ni creía ni cree que todos los terrorismos son iguales; en realidad, algunos terrorismos podrían ser a veces bastante aceptables.

Superficialmente, el extraño caso de Luis Posada Carriles parece un cúmulo de ironías e hipocresías. Pero debajo de estas contradicciones superficiales hay una congruencia bastante notable. Cuando situamos el caso Posada en el contexto del patrón de la Administración Bush de subordinar la guerra contra el terror a sus objetivos políticos y geopolíticos, la hipocresía permanece, pero las contradicciones empiezan a desvanecerse.²³

El caso es sencillamente la última prueba de que la Administración, que se presenta a sí misma como el gendarme necesario para proteger la seguridad nacional de EEUU, da preferencia a los imperativos políticos o hegemónicos (la guerra en Irak es el mejor ejemplo de lo segundo) cuando establece las prioridades en la guerra contra el terrorismo. Este cinismo político, que cuesta innecesariamente decenas de vidas al día, es moralmente vergonzoso y ha dado paso a una peligrosa perversión de la política de seguridad nacional responsable.

Más aún, la práctica actual de EEUU y su legitimación de la tortura podría considerarse, no algo aberrante, sino más bien la reencarnación de su tolerancia pasada y presente del terrorismo como un medio desagradable, pero necesario, para un buen fin. Por último, por incongruente que sea con la retórica y las acciones de Washington en la guerra contra el terrorismo, la postura sobre Posada es muy congruente con la protección histórica de EEUU a los terroristas anticubanos.

Joe Whitley, ahora abogado general del Departamento para la Seguridad de la Patria, se niega a comentar el caso Posada. Pero quizá fue quien mejor lo sintetizó hace quince años, cuando se concedió el escandaloso indulto a Orlando Bosch: "EEUU no puede tolerar la inhumanidad intrínseca del terrorismo como forma de resolver conflictos. La contemporización con quienes emplearían la fuerza sólo engendraría más terroristas. Debemos considerar el terrorismo un

²² Robert Matthews, *EEUU y su guerra contra el terrorismo cuatro años después: Un repaso*, informe del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM), septiembre de 2005, pp. 6-7.

²³ Para una exposición de las diversas formas con que la administración Bush viene explotando políticamente la cuestión del terrorismo y ha subordinado a menudo su programa antiterrorista a objetivos políticos y geopolíticos, ver Robert Matthews, "EEUU y su guerra contra el terrorismo...", "La geopolítica del antiterrorismo" y "La política del antiterrorismo".

mal universal, incluso cuando está dirigido contra aquellos con quienes no tenemos afinidad política.”

La coyuntura actual

Cualquier resolución del problema Posada para Washington llega en un momento en el que EEUU está liderando una campaña militar so pretexto de la guerra global contra el terrorismo. Al mismo tiempo, se presenta ante el mundo islámico como un modelo de antídoto democrático del terrorismo. Juzgar a Posada Carriles en EEUU o en el extranjero por terrorismo pondrá al descubierto la oscura alianza de EEUU con el terrorismo; en el pasado y, por su forma de manejar el caso Posada, hasta hoy. Pero absolver a Posada de alguna forma sería una burla de los propios principios antiterroristas de la Administración anunciados después del 11-S y representaría el mismo cuestionamiento a la credibilidad estadounidense. No existe una solución buena a su dilema. En cierto sentido, a EEUU le ha salido el tiro por la culata: cualquier acción pondría al descubierto la hipocresía y la doble moral de EEUU en la guerra contra el terrorismo y podría empañar su prestigio internacional en un grado u otro, así como su capacidad para encabezar con el ejemplo el embrionario movimiento por la democracia en el mundo musulmán. Esto a su vez podría menoscabar sus esfuerzos para liderar esa guerra y proteger así la seguridad de la nación contra el terrorismo. La situación se resuelve finalmente con una problemática paradójica: la raíz del problema es la propia adopción por EEUU en el pasado de la violencia terrorista en el nombre de los mismos objetivos a largo plazo de la seguridad nacional que ahora podrían debilitarse debido a ese mismo pasado.

El guión se está acabando con la Administración Bush en su momento más bajo en cinco años, acosado por cuestiones de incompetencia política y administrativa, una campaña militar insensata y cada vez más impopular en Irak, escándalos de corrupción financiera que implican a congresistas republicanos de alto rango y un importante escándalo criminal que implica a las más altas esferas de la Casa Blanca. La administración ha perdido mucha credibilidad en el país respecto de sus dos cartas políticas más fuertes: una imagen de dureza, competencia y resolución en relación con el terrorismo y la seguridad nacional; y su autoproclamada claridad y rectitud morales, especialmente en contraste con la administración precedente.

Una presidencia debilitada aceptará con casi toda probabilidad el oprobio internacional que debe soportar por seguir aplicando un doble rasero en el caso Posada Carriles. La preciada contrapartida es la preservación de su alianza política con la comunidad cubana en EEUU. El Gobierno puede razonar que cada alternativa conlleva cierta pérdida de credibilidad internacional en cualquier caso. Además, el equipo de Bush nunca ha tenido ningún problema para formular la cuestión del terrorismo y del antiterrorismo en términos políticos. También está el argumento de que una sociedad dispuesta a aceptar la aplicación del doble rasero a Irak en los argumentos a favor de la guerra, como hizo EEUU, no va a mostrarse reacia a su uso en un esotérico vestigio

de la guerra fría. Por tanto, lo más probable es que Posada no sea juzgado en ninguna parte.

La CIA emplea una expresión para las situaciones que contienen la posibilidad de convertirse en un bumerán y generar catástrofes en el futuro: “rebote”. Combatir a la URSS en Afganistán de forma triunfalista, sin tener en cuenta el impulso que estaba dando al fundamentalismo islámico radical, dio origen a los talibanes, a la protección por su régimen a Al Qaeda, a los atentados del 11 de septiembre y a la actual guerra contra el terrorismo. El caso Posada no es más que el último ejemplo del fenómeno del “rebote” y otra de las terribles ironías de la guerra fría que aún estamos presenciando.